

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1867. — TOMO XXIX.

EDITORES-PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.

Administracion general, passage Saulnier, número 4, en Paris.

AÑO 26. — N° 735.

SUMARIO.

Expedicion de Corea; grabados. — **Arqueología.** — **Cuadro de costumbres.** — **La insurreccion cretense;** grabados. — **Revista de Paris.** — **Poesia.** — **Madrid.** — **La Equitacion, por stop;** grabados. — **Crichton.** — **Una caceria imperial en Fontainebleau;** grabados. — **Juan Augusto Domingo Ingres;** grabado. — **Servicio divino celebrado en Blidah despues del terremoto;** grabado. — **Victor Cousin;** grabado. — **La Marquesa de Pinares.** — **Las obras del puerto del Havre;** grabado. — **La fragata la « Perseverante » en el dique flotante de Saigon;** grabado.

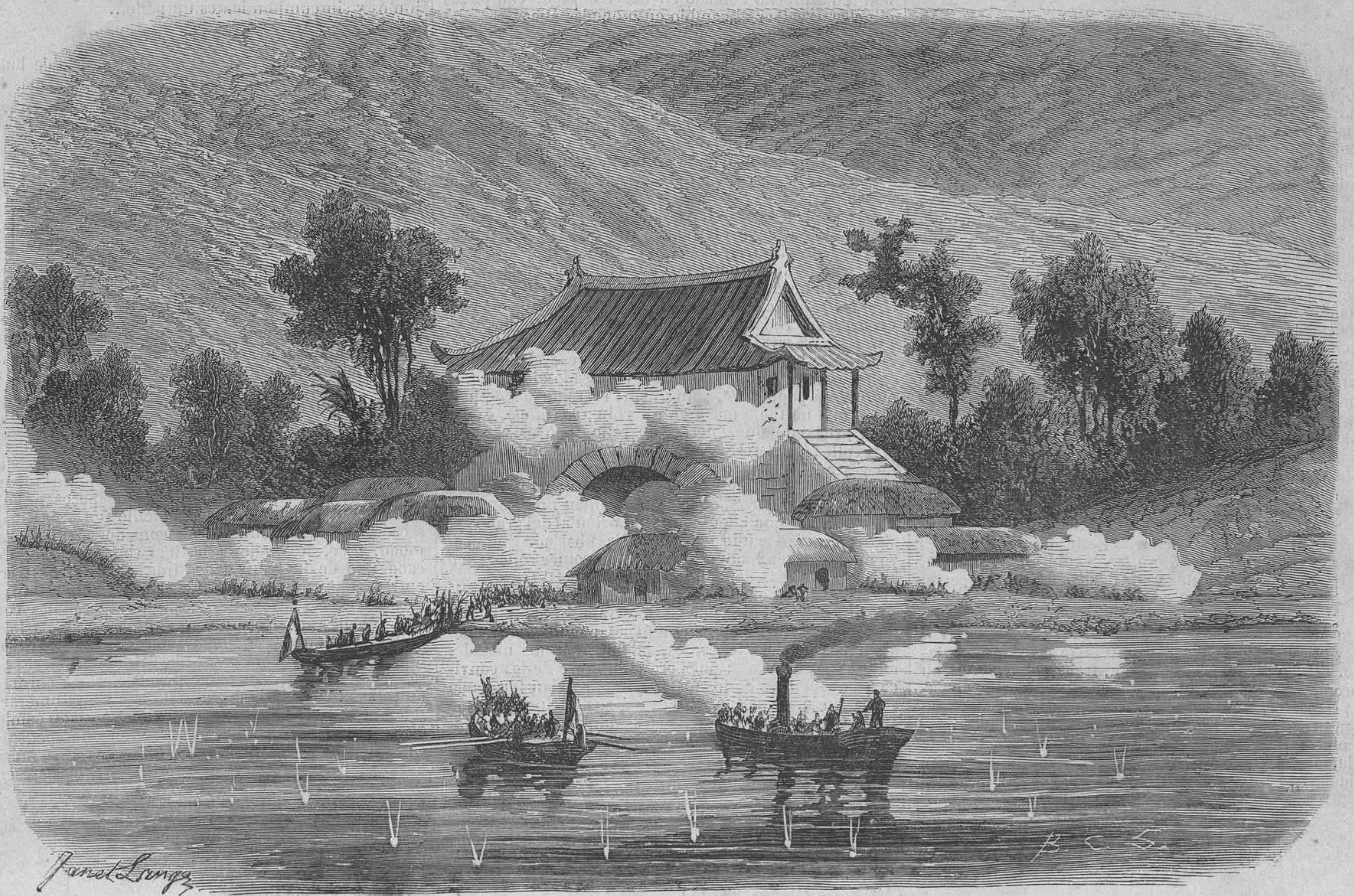
Expedicion de Corea.

Durante largo tiempo se han confundido en las imaginaciones europeas con el nombre de China y Japon todas las comarcas del extremo Oriente; bueno será pues que se rectifiquen tales errores.

La Corea es una vasta peninsula confinante con la Mandchuria, el mar Amarillo, el mar del Japon y casi la China, de la que solo la separa un brazo de mar. Por su poblacion figura entre los chinos propiamente dichos, y los tártaros mandchus. El coreo pertenece á la raza amarilla; sin embargo, se hallarian notables diferencias entre él y el malayo, el verdadero tipo de esta

raza que, contando bien, seria la mas numerosa del globo. Por lo demás, tiene sus mismos defectos caracteristicos. Es avaro, cruel, y solo se muestra arrojado cuando tiene el triunfo bien seguro.

Así como en todos los paises del extremo Oriente, en Corea reside la autoridad soberana en un rey que reina, gobierna y administra despóticamente. En otros tiempos este principe reconocia la suzerania de la corte de Pekin y de Zé-Holl, pero hoy, si continúa pagando un ligero tributo, es por complacencia, pues vive independiente y no pierde ocasion alguna de darlo á conocer. Si necesitáramos apoyar con pruebas este aserto, las hallariamos justamente en los hechos que han motivado la expedicion del almirante Roze. Desde 1854, la



EXPEDICION DE COREA. — Accion del 26 de octubre.

pleos que no hay que confundir, se encargaban de divertir á los convidados. La fiesta, en la que nunca presidia la sobriedad, duraba mucho, y aun parece que quedaban achispados casi todos los que tomaban parte en ella. Así Xenofonte, haciendo el panegirico de su maestro Sócrates, nos participa, como hecho singular y como prueba de virtud eminente, que este grande hombre podía, al salir de cenar, caminar sin uno que le acompañase.

Las clases inferiores se contentaban con una comida mucho mas frugal, como yerbas, legumbres, pescado salado, una torta de cebada, vino y algunos higos. El juez viejo de Aristófanes, ese prototipo del Jorge Dandin de Racine, no comia otra cosa (1).

Por doquiera se encuentran entre los poetas griegos las huellas de este fervor gastronómico. Cuando Aristófanes quiere reconciliar á las mujeres con sus maridos, se vale de una comida. Cuando quiere alentar á sus actores á que desempeñen bien sus papeles, les manifiesta en perspectiva la cena que les dará la república, si salen vencedores de la lucha teatral; y para hacerles subir la saliva á la boca, se complacia en acumular en una sola palabra que fabricó, compuesta de setenta sílabas, todos los manjares jugosos que campearán en la mesa. Ese genio extraño hace un guisado político que sirve á sus oyentes, y cuya singularidad traspasa todos los límites de la audacia dramática. Representa la Guerra, de que acaban de ser víctimas la Sicilia, la ciudad de Megara y la de Prasia, bajo la forma de un gigante que machaca y tritura en un almirez estas dos ciudades é isla. La Sicilia está representada por el excelente queso de que tanto habla Teócrito (2); Prasia por un puñado de puerros, y Megara por un diente de ajo. Apenas osamos traducir aquí los primeros versos de esa escena extraña, parodia agigantada contraria al gusto moderno, pero que encubre un sentido profundamente filosófico bajo su burlesca exageración.

La escena representa las regiones celestes. Elévase en el centro un grande almirez, y vese en el teatro queso, ajo y puerros.

LA GUERRA, girando al rededor del almirez, pronuncia en tono grave y solemne el siguiente canto :

Dolor, furor,
 Rabia y terror,
 Muerte y saqueos,
 ¡Tal es tu herencia
 Y tus trofeos,
 Oh humanidad!
 ¡Razas proscritas,
 Razas malditas,
 Para sufrir,
 Para morir,
 Solo nacidas,
 Sufrid!

TRUJO, montado sobre su caracol :

¿Qué es lo que veo, dioses soberanos?
 ¿Y por qué ese gigante, monstruo fiero,
 Con el hierro en sus manos,
 La vista ensangrentada,
 Gira veloz en torno del mortero
 Con rueda apresurada?
 Yo temo, ¡oh Jove!...

LA GUERRA.

Mil y mil veces
 Maldición;
 Mil y mil veces
 Devastación.

¡Caed, puerros de Prasia en la marmita!
 ¡Ciudad maldita,
 Caed á mis piés!

TRUJO.

Hizo de los humanos un gigote.

LA GUERRA.

Llora, ¡oh Megara!
 Tu suerte amara,
 Tus muros por el suelo derribados,
 Tus techos por las llamas devorados,
 Tus mujeres, tus vírgenes
 Que riegan sus cadenas
 Con sus amargas lágrimas,
 Mezcladas con los ajos
 Que crían tus fecundas
 Llanuras, del mortero
 Llenarán las profundas
 Y negras cavidades.

TRUJO.

¡Y cómo lo tritura!
 ¡Qué de sangre y de llanto! etc. (3).

(1) Las Avispas.
 (2) Eglog. 4. etc.
 (3) Acharn.

Después de haber hecho del erudito en materias de cocina, imitaremos á Rabelais, aconsejando á nuestros lectores que vayan á cumplir sosegadamente con sus deberes gastronómicos, sin curarse mucho de los procedimientos atenienses, y que se guarden sobre todo de querer, á semejanza de no sé qué sabio (1), componer un festin ateniense; pues se puede apostar uno contra ciento que sería malísimo el tal ensayo. Contentaos pues, queridos lectores, con asistir, como yo, de lejos á los banquetes atenienses. M. DE F.

Cuadro de costumbres.

EL CASAMENTERO.

ESCENAS DE LA VIDA ESCOCESA (2).

¿Creeis acaso que el privilegio de las agencias matrimoniales es propio exclusivamente de la civilización de las ciudades populosas, y que el caduceo venal con que se arman los casamenteros pertenece solamente á Londres, Paris, Viena ó Berlin? Os engaños; pues en lo mas retirado de la Escocia puritana y agricola he encontrado yo la matrimoniomania tan usada como en Paris. Cierlo es que mi héroe obraba meramente por diversion, de suerte que no hallaba en ello otra ventaja que su placer.

¡Oh buen Simon Kirkton! ¡Feliz Simon Kirkton! ¡Hombre cuya mayor felicidad consiste en pensar en el matrimonio, nunca te olvidaré, sumo pontífice del himeneo! El ejemplo de tu economía bastara sin duda para propagar tu doctrina matrimonial, porque ¿cabe satisfacción mas envidiable, sonrisa mas conyugal que la tuya?

En el interior del condado de Inverness está situada la mansion del casamentero general Simon Kirkton, que si bien es algo pequeña, rodeada de un terreno estéril y bastante mal edificada, es con todo fertilísima en delicias conyugales. Si estuviera situada en Gretna-Green, sin duda ofreceria menos recursos á los amantes que desean enlazarse con el himeneo. La felicidad del celibato es un término borrado del diccionario de Simon, de suerte que hasta el mismo cielo seria un triste sitio para él, porque no podria preparar y mucho menos celebrar matrimonios.

Simon Kirkton (tal era su nombre) gozaba de una mediana fortuna cuyas tres cuartas partes no tenian mas objeto que el de satisfacer su pasión predilecta. ¡Cuántos banquetes, partidas á caballo ó en el agua celebrara Kirkton sin mas mira que el himeneo del vecino, de la prima, del amigo, de la tia, y aun del hermano ó hermana del abuelo! Casi toda su felicidad consistia en este género de diversiones, de modo que los lances de un futuro matrimonio eran los únicos accidentes de su existencia. Nadie seguramente habia hecho mas bella coleccion de chistes nupciales, refranes matrimoniales y canciones aplicables á las circunstancias. A lo menos puede decirse que este buen hombre deseaba la dicha ajena, al contrario de otros muchos que yo conozco, que solo se deleitan en las desgracias, infortunios y calamidades del prójimo.

A mediados de enero de 1839, la mitad de la población de la comarca era convidada á un baile precedido de un banquete que debia celebrarse en casa de Simon. Las muchachas alimentaban su esperanza con un ardor halagüeño, y los mozos anhelaban igualmente la llegada de este dia con temor é impaciencia. Todo habia de estar adornado al último gusto; sabiase que el banquete debia celebrarse en la antigua sala, y que los dos bag-pipers (3) de la familia harian resonar los acentos de una música armoniosa al mudar cada plato. La primera orquesta de la ciudad debia abrir el baile que se celebraría en el gran salon: el duque habia prometido asistir á él con la nobleza y lo mas selecto del pais. Todos aseguraban no haberse celebrado jamás semejante festividad; y un mes antes, el editor de los anuncios de la comarca habia presentado ya el programa de la función. Las muchachas de aquel pais, agradecidas á este beneficio, acababan todas sus oraciones con sus votos por la salud del bondadoso M. Kirkton.

El digno cura no estaba ocioso. Quitáronse todos los muebles del salon; por todas partes se veian trazados con creta dibujos de flores elegantes, la alacena estaba provista bien asi como los almacenes de una ciudad que se ve amenazada de un largo asedio; por momentos iban recibiendo los criados nuevas órdenes relativas al cargo que habian de desempeñar; por fin el órden mas completo presidia á todos los preparativos. Yo no creo que jamás gastrónomo alguno pudiese soñar con una cena comparable á la que se preparaba en el comedor; pues allí se veia toda especie de pescado en cantidad tal, que bastara sin duda para abastecer un navío de setenta y cuatro que partiera para la China.

Amaneció por fin el dia tan deseado; y fué cabalmente uno de aquellos cuyo frio penetrante tiñe de

(1) Meibomio.
 (2) Este artículo se debe á la relevante pluma del célebre Pastor de Etric, que es sin disputa uno de los escritores mas sobresalientes en la descripción de las costumbres populares y pastoriles de la Escocia, su patria.
 (3) Los que tocan la zampoña.

carmin las megillas de las hermosas. Pocos dias antes habia caído muchísima nieve; pero el tiempo se habia asentado.

— Querida mia, dijo de repente Simon á su mujer, ¿no es aquello un coche que viene de la parte de Brosfitt-Knowe? apostaria que es la vieja lady Clover.

— Seguramente viene á vestirse aquí con sus tres hijas.

— Ana se ha entregado á las dulzuras de la devoción, que equivale á decir que ya es tarde para casarla.

— ¡Qué lástima que el cura no sea de los nuestros! Su mujer acaba de morir; pero fuerza será buscarle otra consorte.

— Podemos colocarlo al lado de Isabel.

— Isabel es muy jóven; y así podrá colocarse junto á Tommy Maxwell en la mesa mas pequeña, pues es muy niño todavía.

— Sin embargo, no dejará de ser muy buen partido algun dia.

De este modo pues, conforme iban llegando los convidados, variaba Simon de nuevo la disposición de los cubiertos; y aun antes que hubiese llegado la hora de sentarse á la mesa, tuvo la satisfacción de ver á los convidados dispersarse por parejas. Mientras las miradas de Simon vagaban por diferentes grupos unidos por los íntimos lazos de la amistad, se detuvieron al fin en una jóven que no habia observado todavía, y que separada de los demás grupos, parecía reconcentrar todo su interés en los cuadros que adornaban el salon y olvidar la presencia de tantos extraños. De repente su atencion fija en aquellos objetos pareció animarse al presenciar la pintura de una batalla.

— ¡Dios me perdone! dijo Simon á su mujer, ¿quién será esa interesante jóven tan sencillamente vestida de blanco? ¡Ningun jóven veo á su lado! ¡Qué diablos! Por cierto que son indignos de una criatura tan celestial.

— Esta jóven es miss Mowbray, respondió mistress Kirkton, y ha venido acompañada de mistress Carmichael; segun cuentan, es riquísima heredera, pero es la primera vez que ha venido á Escocia.

— ¡Ah, diantre! no hay que desperdiciar semejante ocasion.

— Podriamos acaso casarla con Angus Mac Lead.

— No, no conviene, porque, aunque buen muchacho, es bastante feo.

— Quizás haria al caso Charlie Fletcher; aunque parece preferible para Ana Johnson.

— ¡Ah! ¡cómo no caí antes en ello! dijo de repente Simon Kirkton; Carlos Melville le vendrá pintiparado. ¡El mas buen mozo, el mas adecuado y el mejor marido que pudiera escogerse! Si ella es rica, mejor para Carlos; hé aquí una pareja como hay pocas.

En este momento, Kirkton poniendo la mano en el hombro de un jóven que estaba hablando con otros sobre las últimas noticias de la Peninsula, le llamó á un lado y le dijo:

— ¿No es una mengua abandonar á sí misma á esa muchacha angelical? Id al momento á su lado, y permaneced con ella cuanto tiempo podais, pues es sin duda muy digna de vuestra atención.

Y al mismo tiempo encarándose con la jóven de que se trata, le dijo:

— Miss Mowbray, disimulad el abandono en que os ha dejado por tan largo espacio mi amiga mistress Carmichael; mucho me pesa, pero os presento á Carlos, ó por mejor decir, á M. Carlos, ó mas bien, al teniente Carlos Melville, que puede considerarse feliz en reemplazarla. El os acompañará á la mesa y saldrá al baile con vos.

— ¡Y todo eso en lugar de mistress Carmichael! le respondió la hermosa doncella en voz grave.

— ¡Bravo, querida mia, bravo! Quiero sin embargo dejar á otro el cuidado de contestaros, pues ya he previsto este momento, y no quiero verme embarazado en daros una respuesta satisfactoria.

En esto, Simon dijo secretamente á su amiguito:

— Poneos á su lado, Carlos.

Y al punto marchó á la otra parte del salon, embargado en tan filantrópicas ideas.

Entablada de este modo la conversacion, fué sostenida con facilidad por los jóvenes, á satisfacción del huésped. El oficial acompañó efectivamente á miss Mowbray á la mesa, tomó asiento á su lado, y Simon parecia estar tan contento con aquella pareja, cual pudiese deseárselo el casamentero mas apasionado. La jóven por su parte manifestaba su buen humor, y parecia alegrarse en gran manera á impulsos de las observaciones de su amigo.

— ¿Hace mucho tiempo que estais con mistress Carmichael? dijo Carlos á miss Mowbray.

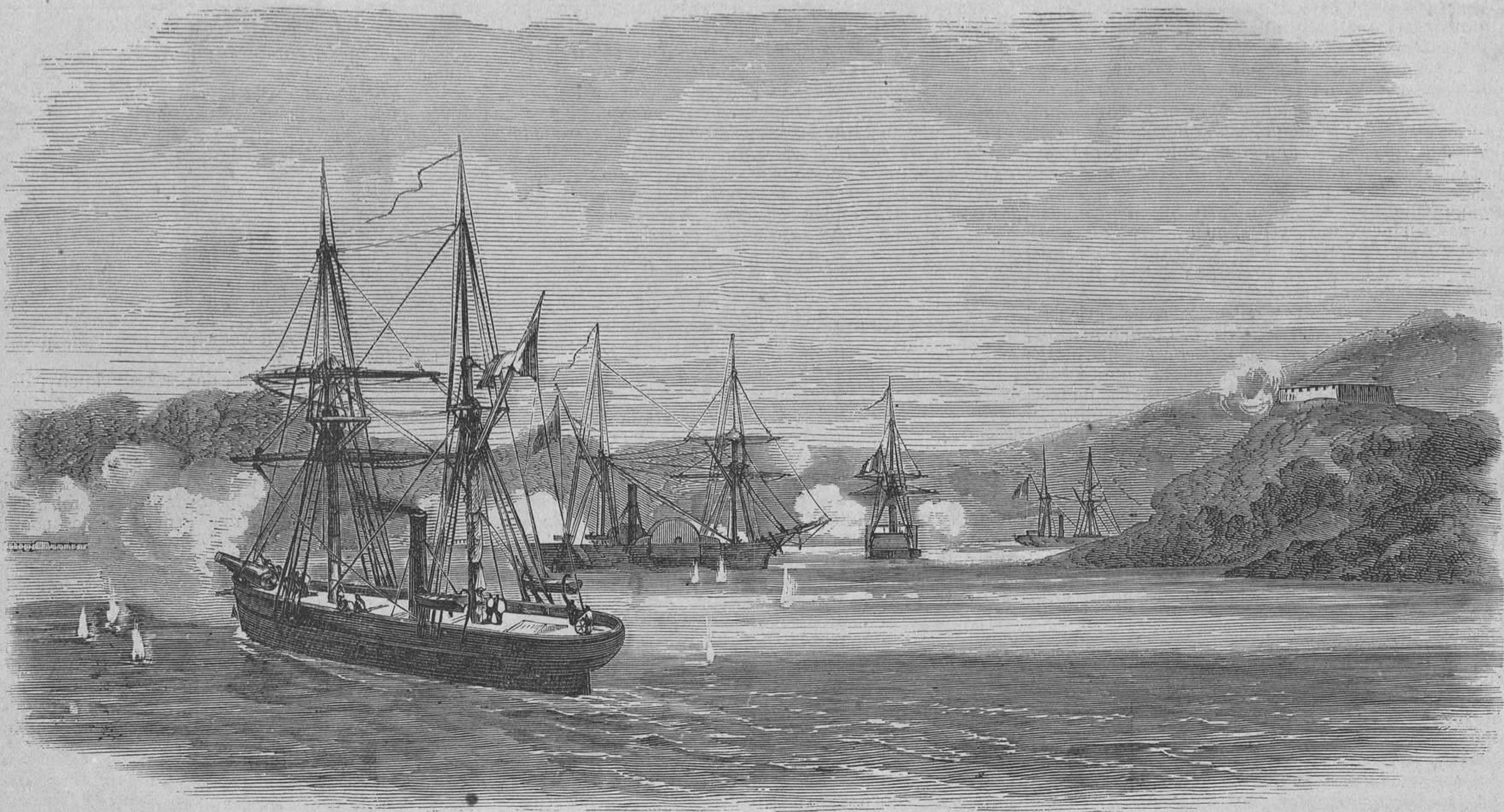
— Ayer mismo llegué.

— Seguramente os parecerá muy montaz este pais, si lo cotejais con la civilización del vuestro.

— ¿Hablais acaso del pais ó de sus moradores? preguntó la jóven; pues en cuanto á estos no me parecen tan bravios como me habia imaginado, y á fe que algunos me parecen ya medio civilizados.

— Sin duda vuestra buena índole os hace pensar de esa manera; pero cuando los conozcais mas á fondo, seguramente mudareis de parecer.

— Ahora no tomeis á mal que no os hable de vuestras virtudes nacionales como apetecen los escoceses. No ignoro que sois un pueblo sin igual; vense aquí los héroes á la par de los hombres; cada aldeano es un filósofo, y todas vuestras mujeres son criaturas angelicales; sin embargo, hay que decirlo, mi extrañeza ha sido grandísima al ver que sois como los demás pueblos.



EXPEDICION DE COREA. — 11 de noviembre.

Combate entre las cañoneras que trasportaban el cuerpo de desembarco, y un cuerpo enemigo emboscado en las orillas del rio Kang-Kiang.

— ¡Pues qué! ¿Creiais acaso que teniamos la cabeza tras las espaldas?

— Eso no, pero sí creía ver alguna novedad no vista hasta ahora; pero veo que todos van vestidos por el mismo estilo que en Inglaterra, y en cuanto á los demás usos, me parecen tambien semejantes á los de aquel pais, y aun el idioma mismo me parece algun tanto

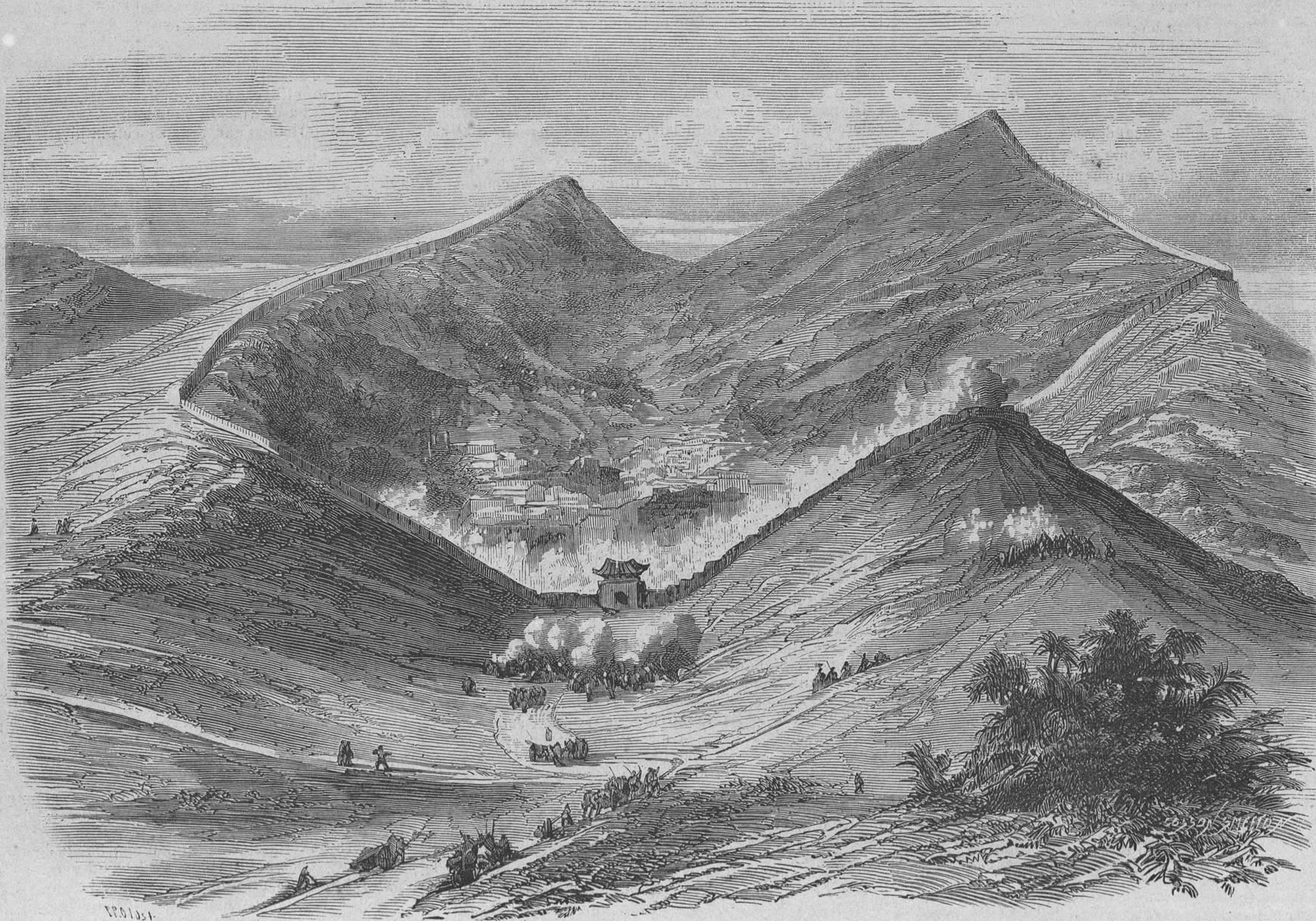
inteligible, bien que he de confesar que el señor Simon necesita un intérprete.

— ¡Oh, vaya un hombre divertido! Su rostro viene á ser un diccionario poliglota; es la expresion del buen humor, de la bondad y de la hospitalidad en todos los idiomas.

— Pero decidme, ¿quién es el que está á su derecha?

— ¿Quién? ¿el *henchman*? Es Roy Mac-Faggart que ha sido bag-piper del 73º por espacio de veinte años; el mismo que mató con su propia mano á tres franceses en Badajoz.

— ¿Y por eso le llaman *henchman*? ¡Vaya una voz inteligible! su expresion no es menos viva que la presencia del dueño de la casa. (Se concluirá.)



Toma de Kang-Hoa.



El coronel P. Coroneos, jefe de la insurreccion cretense.

El coronel Panos Coroneos, jefe de la insurreccion cretense, nació en Constantinopla en 1811. Después de haber mandado largo tiempo la artillería griega, pidió y obtuvo, cuando la expedición de Siria en 1860, un puesto de agregado á la plana mayor del cuerpo de expedición francés. En 1861 fué acusado de conspirar contra el gobierno del rey Othon, con todo el partido liberal, y le encerraron en la ciudadela de Nauplia, mientras procedían á formarle causa. Entonces se puso en relaciones con Artemis, Greras, Zakeityanos y otros patriotas, que le hicieron salir de la cárcel para ponerle á la cabeza de la insurreccion que acababa de estallar en Nauplia. Herido en noviembre de 1864, en una salida contra las tropas reales que bloqueaban la plaza, fué hecho prisionero.



J. Zimbrakaki, jefe de un cuerpo de voluntarios cretenses.

La insurreccion cretense.

(Correspondencias.)

Atenas 10 de enero.

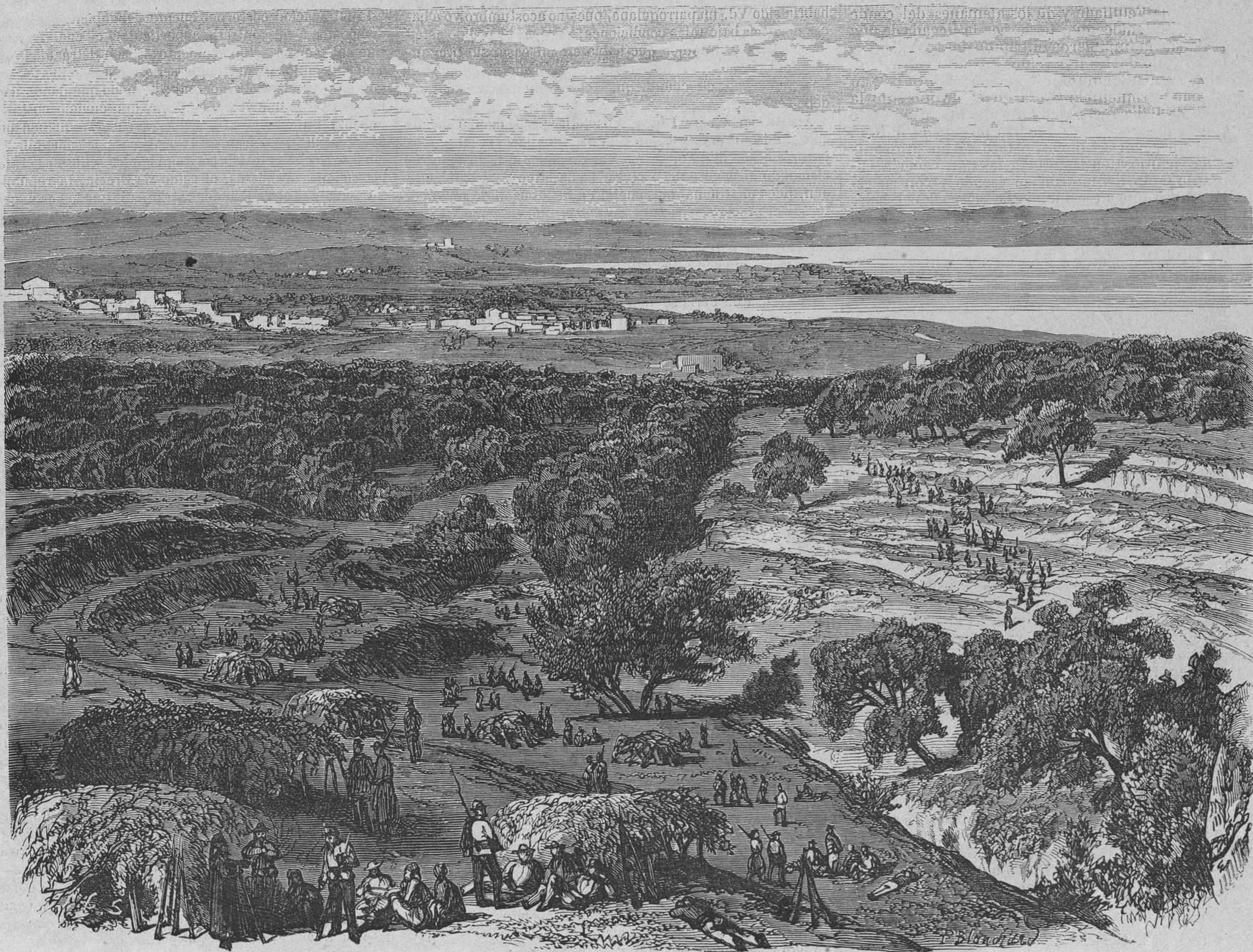
CORONEOS. — ZIMBRAKAKI.

Hé aquí los retratos de los dos jefes que han sabido luchar contra fuerzas dos veces superiores en número, y mantener la bandera de la insurreccion cretense.

En 1862, la revolucion que libertó á la Grecia de la dinastía de los Wildesbach, le encontró prisionero en la fortaleza de Chalcis. Habiendo recobrado al punto su libertad, se puso á la cabeza del comité formado para organizar la guardia nacional y la legion académica de Atenas. Jefe del partido avanzado durante el gobierno provisional, y comandante de la guardia nacional, supo defender las libertades del pais y la independencia de la asamblea que amenazaba á Bulgaris. Después de haber sido algun tiempo ministro de la Guerra, volvió á su puesto de comandante de la guardia nacional, que dejó para pasar á Creta.

Juan Zimbrakaki, cretense de nacimiento, tendrá unos cuarenta años. Comandante de escuadron de plana mayor, mandaba la division de zapadores del ejército griego cuando estalló la insurreccion. Entonces se apresuró á pedir una licencia, y pasó á Creta, donde hoy se halla al frente de un cuerpo de 12,000 voluntarios. G.

Pocos paises hay en el mundo tan favorecidos por la naturaleza como Creta: un clima delicioso, fértiles va-



Campamento de insurrectos cretenses á la falda del monte Ida, delante de la ciudad de Spakia.

lles con agua en abundancia, una opulenta vegetación, han desarrollado allí siempre una civilización poderosa. Los mitos antiguos, cuyo sentido ha venido á ser tan claro gracias á los estudios modernos, atestiguan que el ardor religioso no fué inferior á la prosperidad política de la isla.

La grande isla de Creta, cuya población, cuando era independiente, se elevaba á 1.200.000 almas, había sufrido muchas conquistas antes de la dominación turca; pero ni los romanos, ni los bizantinos, ni aun los sarracenos (árabes), comprometieron su prosperidad. Los árabes, nación semítica, demostraron en Creta, en Sicilia y en España, que no eran incapaces de comprender las bellezas y los beneficios de la civilización indoeuropea. En cuanto á la aristocracia veneciana que sucedió á los bizantinos, vencedores de los árabes, tenía demasiada inteligencia política para no ver todo el partido que podía sacar de tan bella provincia. La población, que no pasa hoy de 200.000 almas, ascendía entonces á un millón de habitantes; los puertos obstruidos, gracias á la incuria otomana, se abrían á nuevos buques, y la agricultura, hoy decaída por culpa del gobierno, se hallaba no menos floreciente que el comercio.

La población cretense, protegida por la poderosa mano de Venecia contra la barbarie musulmana, podía prometerse librarse del lúgubre destino de las otras provincias helénicas. Las señales de decadencia comenzaron á mostrarse muy pronto entre los turcos, sobre todo después de la muerte de Soliman el Magnífico; pero desgraciadamente para la Creta, una dinastía de grandes visires pertenecientes á la raza indoeuropea, contuvo algún tiempo la decadencia del imperio otomano. Los Koprili, familia albanesa, mientras salvaban el imperio, trataban de ensanchar su territorio. La aristocracia veneciana tenía adversarios dignos de ella. La lucha suprema que se empeñó ante la ciudad de Candia, entre la enérgica obstinación de Ahmed-Koprili y el valor veneciano, tomó tales proporciones, que se ha comparado este sitio con el sitio de Troya. De 1645 á 1669, la Creta vino á ser un campo de batalla donde el islam y la cruz se disputaron la dominación del Mediterráneo.

Heróicos voluntarios dejaron sus castillos para volar en socorro de Candia. Ortodoxos, protestantes y católicos, olvidando sus contiendas teológicas, no pensaron más que en rivalizar en bizarría y en conducirse como cristianos. Los señores más encumbrados de Francia consideraron como honra insigne el tener representantes en los defensores de la plaza. Aquellos memorables días se contaron entre los más bellos de la intrépida nobleza francesa. Los esfuerzos reunidos de los franceses del duque de la Feuillade y de los alemanes del conde de Waldeck, sostenidos más tarde por la llegada de una flota cristiana, no impidieron el triunfo del islam, y Venecia perdió uno de los tres reinos cuyo estandarte ondeaba gloriosamente ante la espléndida basilica de San Marcos. Cuando contemplo ahora en el mismo sitio la bandera de la Italia regenerada, se me figura que este triunfo de la justicia sobre la fuerza no será el último, y que la civilización cristiana no tardará en proseguir su marcha victoriosa en las provincias que Venecia cubrió durante tanto tiempo con su escudo y con su espada. Es seguro que el principio de las nacionalidades triunfará en las provincias cristianas que se hallan todavía bajo la dominación turca.

D. DE J.

Revista de Paris.

El jueves último ha tenido lugar en el Hotel de Villa el primero de los grandes bailes con que el prefecto del Sena obsequia todos los años á las notabilidades parisienses. La grande galería de las fiestas, completamente restaurada, resplandecía como un palacio encantado de los que se admiran en los cuentos orientales. Por todas partes luces y flores, una riqueza sin igual y un gusto extraordinario. La fiesta estuvo animadísima, al menos hasta las dos de la madrugada.

Al ver la cantidad de hermosas flores y de plantas exóticas con que se adorna el palacio municipal para estas grandes fiestas, todos se preguntan quién es el abastecedor maravilloso que pone á la disposición del prefecto esa lona vegetación que tan bello efecto produce en los salones. Ahora bien, la municipalidad de Paris no solo se surte á sí misma, sino que está fomentando en alto grado en esta capital el cultivo de flores y plantas raras, gracias á sus jardines y parques, que son otros tantos modelos de esmerado y buen cultivo, sin contar además el exquisito gusto que en ellos se nota en cuanto á la elección y variedad de sus ornatos.

A principios de 1855 el número de jardineros y jornaleros dependientes de la municipalidad era tan solo de 3; en 1858 se aumentó hasta 12; en 1862 llegó á 40; en 1864 á 60, y en 1865 á 101. Las plantas y arbustos han aumentado en la misma proporción. En 1855 no pudieron proporcionarse más que 600 piezas; en 1863 se entregaron 1.602.265, de las cuales 1.375.300 fueron presentadas por el florista de La Muette; 23.379 lo fueron por el criadero de Longchamp, y 3.186 por el criadero de los abetos. Comparando las cuentas de 1855 á 1865 inclusive, resulta que el coste de los arbustos y plantas sacadas de los criaderos

de la ciudad y distribuidas durante este periodo, fué por término medio de 13 céntimos.

Y hé aquí cómo hasta en las cosas de lujo puede haber economía, cuando se procura que la haya.

Este ejemplo de buena administración que da la municipalidad de Paris, debería hallar eco en los particulares. No obstante las terribles filípicas del Senado, no obstante las comedias de Sardou, que ponen tan de relieve las ruinosas extravagancias de la vida moderna, el lujo va en aumento siempre, y la cuenta de la modista es hoy en el presupuesto doméstico un renglon de primera importancia. A veces estas notitas suelen crecer de punto á un grado tal, que van á parar á los tribunales, de cuyo modo se vienen á descubrir detalles instructivos para el que se ocupa en pintar escenas del mundo contemporáneo. Esta semana hemos sabido pues lo que cuestan tres vestidos y un dominó, cuando se encargan por una duquesa á una de esas casas de fama dirigidas por hombres, porque en el día va siendo de mal tono que las mujeres vistan á las señoras. Ya que la crónica judicial señala los nombres de las personas, citaremos el caso en cuestión sin reserva de ninguna especie.

Parece ser que M. A. Maugas, que es uno de estos especialistas de tanta fama, sobre todo para la confección de vestidos y mantos de corte, entregó á la señora duquesa de Persigny diferentes trajes en enero y febrero del año último, cuyo importe de 3.050 francos se halla detallado en su factura, del modo siguiente:

«1º de enero: un vestido de tafetan blanco y oro, adornado de raso blanco, con cuello y mangas, 800 francos; 1º de febrero: un vestido de baile, tul de color de castaña, guarnecido de mariposas azul y plata, con viso de tafetan, 1.200 francos; un dominó raso, tul de color de castaña y adornos plateados, 340 francos; 1º de marzo: un vestido poul de seda negro, guarnecido de azabache, placas y cintas, 700 francos.— Total, 3.050 francos.»

La duquesa recibió esta cuenta, y pareciéndole exorbitante, mandó á decir por su agente de negocios, que ninguno de aquellos vestidos valia más de 700 francos, y que por consiguiente, pagaría solo 2.500 francos.

«Mucho me ha sorprendido semejante reducción, escribió M. A. Maugas; mi casa es una casa honrada y de confianza, y dejaría de serlo si aceptara yo los 2.500 francos en lugar de los 3.050 que me son debidos.»

La duquesa insistió, y el reclamante volvió á tomar la pluma para escribir las siguientes líneas:

«Si tiene Vd. lá costumbre de obrar así con sus abastecedores, podía Vd. hármelo prevenido, en cuyo caso no habria sido Vd. mi parroquiana, pues no acostumbro yo á hacer negocios bajo tales condiciones; pero me ha pedido usted lo más caro y lo mejor que habia en mi casa, sin preguntarme el precio: yo la he servido á Vd., y ahora salimos con una reducción de cuenta que todo comerciante honrado debe rechazar.»

A esta carta siguió otra redactada poco más ó menos con el mismo tono, y como ésta correspondencia no produjera resultado alguno, M. A. Maugas apeló á la justicia reclamando el pago de la factura. La cuestión está pendiente aun, pues el tribunal ha sometido á la tasación de una costurera el precio de los trajes, y hasta que esta modista no dé su parecer, no sabemos cuánto valen en realidad los vestidos que han ocasionado la contienda.

De todos modos, estas contestaciones nos revelan rasgos de costumbres que merecen ser consignados por la crónica.

La prensa de Paris se viene ocupando mucho hace algunos días de un proyecto de suscripción nacional que ha surgido en los diarios democráticos, para elevar una estatua á Voltaire. No hay para qué decir que el plan tiene adversarios no menos ardientes que lo son los sostenedores del pensamiento. Con este motivo un periódico, el *Pays*, acaba de publicar algunos extractos sacados de las cartas de Voltaire, que atañen muy particularmente á los parisienses, y que han sorprendido á muchos de los admiradores del filósofo. Vamos á traducir algunos de ellos.

Hablando de Paris, escribía Voltaire el 12 de abril de 1776 á M. de Chabanon:

«Paris es un gran corral compuesto de pavos que hacen la rueda y de loros que repiten palabras sin comprenderlas. Les envían el pasto de Versailles; ellos meten ruido y Versailles les deja gritar.»

» Las provincias dan menos que decir.»

Acerca de los escritores decia con fecha 30 enero de 1770 las lindes siguientes:

«En Paris, el mundo aristocrático quiere novedades, y la inmensa canalla de los escritores subalternos espera estas novedades para reírse, para hacer reír y para ganar un escudo.»

Sobre el mismo asunto añadía en una carta á M. de Villette, de 24 de setiembre de 1777:

«Cuando el abate de Chaulieu y el marqués de la Fare se escribían billetes en verso, los cafés de Paris no venían á ser sus confidentes; no les exponían á los necios discursos de la canalla literaria, mas insolente y peligrosa que la de las plazuelas.»

Otro rasgo más:

«La buena sociedad de Paris es muy agradable, mas á decir verdad, para nada sirve. Cena y dice agudezas; pero entre tanto los energúmenos excitan á la canalla, canalla que se compone en Paris de unas cuatrocientas mil almas, ó que se llaman tales» (6 de mayo de 1768).

Ahora sobre los periodistas y los periódicos:

«No pertenezco al número de los hombres de letras que gobiernan el Estado desde el fondo de sus guardillas y que

prueban que la Francia no ha sido nunca tan desgraciada» (3 de noviembre de 1767).

«Las hojas volantes son la peste de la literatura» (1764).

Sobre la probidad y la abnegación:

«Tratad de servir al género humano, mas sin perjuicio propio» (1763).

«Hay una tragedia inglesa que principia con estas palabras: «Mete dinero en tu bolsillo y búrlate de todo.» Esto no es trágico, pero es muy sensato.»

Acerca de la instrucción pública Voltaire escribía á Damilaville el 19 de marzo de 1766:

«Es oportuno que se guíe al pueblo, pero no que se le instruya, porque no merece ser instruido... Creo que no nos entendemos sobre el artículo del pueblo, que creéis digno de recibir instrucción. Yo dudo que estos ciudadanos hayan tenido tiempo ni capacidad para instruirse: se morirían de hambre antes de hacerse filósofos. Parece esencial que haya pueblo ignorante. Cuando el populacho entra á raciocinar, todo está perdido.»

Finalmente, y este es el golpe de gracia, hé aquí lo que decia Voltaire el 12 de julio de 1770 á la marquesa du Defland, relativamente al proyecto que habia ya entonces, de erigirle una estatua en vida:

«La envidia y la maledicencia son dos ninfas inmortales. Estas señoritas han esparcido el rumor de que ciertos filósofos que no son amigos vuestros, habían imaginado levantarme una estatua, como á su diputado; que no se trataba de dar fomento á las bellas letras, sino que se quería emplear mi nombre y mi semblante para erigir un monumento á la libertad de pensar. Esta idea, en la que hay algo muy chusco, puede perjudicarme sobremanera cerca del rey.»

Hé ahí unas citas muy oportunas para enfriar el entusiasmo de los suscritores á 50 céntimos (no se reciben sumas mayores) que congrega el *Siecle*. Sin embargo, digamos que á pesar de esto, la suscripción va tomando incremento.

Hace tiempo ya hemos dejado de hablar en estas revistas de aquel capricho que tuvieron los parisienses de reunir sellos viejos de franqueo, y este silencio nuestro se explica por la excelente razon de que el inocente entretenimiento pasó muy luego á manos de los niños, y en la actualidad se halla convertido en juguete. Así pues, la manía en cuestión fué una cosa de moda, que como se dice en francés, «hizo su tiempo.» Se nos ha ocurrido esta reflexión, porque hemos hallado en los diarios de la semana unos datos curiosos acerca de la fabricación de sellos para la correspondencia. En Francia, como en las demás naciones, esta fabricación corre por cuenta del gobierno, que la tiene arrendada á un contratista particular, el cual fabrica diariamente, en su establecimiento situado detrás de la casa de Moneda, millon y medio de sellos. Estos sellos cuestan al gobierno 90 céntimos por mil, de modo que dando á los sellos el más ínfimo valor, es decir, aun cuando costasen solamente un céntimo, el gobierno sacaría un beneficio de 910 céntimos, ó 9 francos 40 céntimos por cada mil. El mismo establecimiento fabrica también los sellos de correo para las colonias francesas, el reino de Grecia, la república de Guatemala y otros Estados extranjeros que le hacen pedidos.

Los pliegos de papel que se emplean para esta fabricación, sufren una preparación preliminar que consiste en cubrir la superficie con una especie de tinta blanca trasparente, operación que se verifica por medio de unos cilindros. El objeto de esta preparación es evitar las falsificaciones, pues si alguno intentase copiar el dibujo en una piedra litográfica, las dos tintas, la blanca y la de color, mancharían la piedra, y solo se obtendría una impresión de color igual. La composición de la tinta blanca es un secreto. En el departamento de la imprenta trabajan constantemente doce prensas de gran fuerza, y los operarios tienen delante una gran porción de colores esparcidos sobre piedras de mármol. No obstante, hay una parte de la operación hecha á mano después de la impresión, que consiste en esparcir sobre los pliegos ciertas manchas de color con la brocha. La última operación es la de taladrar el papel al rededor de los sellos, lo cual se efectúa con una máquina de la manera siguiente: después de impresos, los pliegos pasan á otro establecimiento en donde se cortan por la mitad, cada una de las cuales contiene 150 sellos. Se colocan cinco de estos medios pliegos uno encima de otro, y se prensan fuertemente dentro de un marco, operación que practican dos muchachos; el marco pasa después por debajo del aparato taladrador, del que el operario lo retira por medio de una combinación de poleas. En seguida se separan los pliegos que salen malos, y los buenos se remiten á la administración general de correos.

Teniendo también el Estado á su cargo la fabricación de naipes, parte de ella se verifica en el establecimiento que hemos descrito. El Estado prepara un papel especial que contiene una figura trasparente del águila en un molino destinado á este objeto. En la fábrica de los sellos de correo se graban, por medio de la electricidad, las figuras de los naipes y el as de bastos, cuyos tipos se estampan después en la imprenta imperial en las hojas marcadas con el águila. El papel en el cual se envuelven las barajas, se sella en el hotel del timbre. Los fabricantes de naipes se ven pues obligados á comprar al gobierno las figuras, ases de bastos, cubiertas, y el papel en el cual imprimen ellos mismos las cartas bajas, y arreglan también los paquetes que venden después á los comerciantes al por menor.

A propósito de datos curiosos, diremos también que acaba de publicarse oficialmente el resultado del censo quinquenal de la población. Los 89 departamentos del imperio contaban

en 1861 un total de 37.386,161 habitantes, cifra que se ha elevado, según el recuento de 1866, á 38.667,094. Resulta pues un aumento de 1.280,933.

No están comprendidas las tropas de tierra y mar que el 15 de mayo de 1866 se hallaban prestando servicio en la Argelia, Roma, Méjico, las colonias y las estaciones navales; el efectivo de estas fuerzas se aproximaba á 125,000 hombres.

La población total del imperio se divide de la manera siguiente: Sexo masculino, 19,014,109. Sexo femenino, 19.052,985.

Cincuenta y ocho departamentos están en progreso, habiendo dado un aumento de 787,392 habitantes; en los otros 31 hay una disminución de 106,459.

Atribúyense en parte las disminuciones, en determinadas comarcas, á la emigración de los habitantes del campo, que se dirigen hácia los grandes centros industriales, atraídos por la perspectiva de una vida mas cómoda, y por el aliciente de salarios mas elevados. Este decrecimiento de la población rural no se opera, sin embargo, en provecho exclusivo de las grandes ciudades, según de datos auténticos resulta. Las 45 mas importantes de la Francia, es decir, aquellas que cuentan mas de 30,000 almas (comprendido Paris), solo figuran en el aumento por 311,912 habitantes, ó sea un 45 por 100 de la totalidad; nueve de estas ciudades tienen hoy una población menor que en 1861; Paris ha aumentado en 179,133 almas, y repartido el excedente entre 35 grandes poblaciones indicadas, solo corresponden á cada una 5,000, sobre poco mas ó menos.

Vemos pues que el aumento es insignificante, sobre todo si se compara con el progreso observado en otras naciones; esto sin contar con que en veinte y tres departamentos ha disminuido la población de un modo muy sensible en el último quinquenio. El de los Bajos Alpes cuenta hoy 3,368 habitantes menos que en 1861; el de la Mancha, 17,522; el de Mayena, 7,308; el de Orne, 8,732; el de Var, 6,976; y en los demás, aunque en menor escala, la disminución no deja de ser importante.

Asunto es este que ocupa mucho, y merece ocupar, á la prensa parisiense.

En cuanto á teatros, tenemos que señalar á nuestros lectores lo que se puede llamar un acontecimiento. Esta semana ha salido á las tablas, en los *Bufo parisienses*, una actriz improvisada, Mlle. Cora Pearl, y su presencia en la escena ha estimulado de tal modo la curiosidad en los círculos aristocráticos, que la noche de su estreno hubo quien pagó hasta 1,000 francos un palco, y 50 francos una butaca.

¿Quién es pues esta dama que así ha llamado la atención de los parisienses?

La contestación á la pregunta es bastante escabrosa cuando no se escribe solo para Paris, donde su nombre y los de tantas como ella se encuentran en todas las bocas. Miss Cora Pearl es pues una de las reinas de la galantería, quizá la mas célebre de todas ellas por su vida ostentosa, por sus caballos y sus coches, por su abundancia de alhajas, y sobre todo por el séquito de adoradores que la rodea en el bosque de Boulogne, lo mismo que en los Italianos ó en la Opera.

Cora Pearl ha tenido el capricho de hacerse actriz, y con efecto, se ha dado á conocer en la grotesca pieza de Offenbach titulada *Orfeo en los infiernos*, haciendo el papel de Cupido.

Es inútil que tratemos aquí de su talento artístico que, á nuestro juicio, es nulo; el interés de esta exhibición insólita ha estado en la concurrencia que se componía exclusivamente de altos personajes de la mas elevada nobleza, del cuerpo diplomático, de los círculos todos en donde se recluta la gente de gran tono. Los periódicos han publicado los nombres de estos espectadores entusiastas, y nosotros nos limitamos á consignar un hecho que no necesita comentarios para ser apreciado como se merece.

Concluiremos con una noticia oficial, y es la de que despues de haberse suspendido los ensayos de *Galileo*, la nueva producción de M. Ponsard, se han vuelto á continuar; de cuyo modo ya no hay obstáculos de orden superior que se opongan ya á la representación de la obra que veremos próximamente.

MARIANO URRABIETA.

Poesía.

LO QUE ME ENAMORA.

Nada digo á tu pié, nada á tu frente,
Nada del tinte de tus labios rojos,
Y nada de la gasa trasparente
Del cielo azul de tus azules ojos.

Yo no sé si me encanta tu figura;
No es cantar tu belleza lo que anhele;
Que es muy débil mi voz, mi lira impura,
Para hablar de los ángeles del cielo.

Mas hay en tí una cosa que fascina
Mi ideal, mi ilusión y mi sentido;

Tentadora, fugaz, leve, divina,
En piélagos de amor mundo perdido.

Tu rubia cabellera es lo que adoro;
Ella alimenta de mi amor la llama,
Cuando en tu seno como lluvia de oro
Sobre campo de nieve se derrama.

Rizados copos,
Airosa gualda,
Sobre tu espalda
Como la nieve
Blanda se mueve,
Y al soplo leve
Del aura leda
Como la seda
Se desenreda,
Y en el trenzado
Y el movimiento
Se va enredando
Mi pensamiento.
Sigue la ruta
De sus destellos,
Dénle una gruta
Tus rizos bellos

Donde se escondan los corazones;
Que están en tus cabellos
Mis ilusiones.

Esto y mas, prenda mia, te dijera
Al girar de tus rizos seductores;
Al caer de tu rubia cabellera
Cual manto que descíen los amores.

Pero temo que llegues á enfadarte
Y al fin escuche de tus labios bellos,
Qué manera tan nueva de adorarte
Es coger al amor por los cabellos.

RAFAEL SERRANO ALCÁZAR.

Madrid.

« ¡Qué bien está el hombre donde no está! » ha dicho no sé quién, explicando de esa manera la inquietud interior que á todos nos empuja hácia otra parte, hácia cualquier punto con tal que no sea aquel en que nos encontramos.

El hombre es así: desea todo lo que no es, quiere todo lo que ve y aspira á todo lo que no puede.

Siempre le ha sucedido esto, poco mas ó menos, desde que Adán se empeñó en saberlo todo, en poderlo todo, en quererlo todo; pero ahora que se ha concedido á sí mismo el uso soberano de su razon, parece que se ha vuelto loco.

Hé aquí el movimiento continuo producido por el hombre y aplicado á la industria de eso que se llama vivir.

La marcha de la humanidad en estos tiempos positivos tiene un itinerario muy sencillo, tan sencillo que puede reducirse á esta expresión breve y compendiosa: cada uno va á su negocio.

Madrid es una población llena de vida, de movimiento, siempre hay una parte de este copioso vecindario que se mueve, ya en una dirección, ya en otra, ya en todas direcciones, como si estuviera condenado á no tener un momento de reposo.

Esta agitación incesante, este oleaje continuo cansa y marea cuando se está en Madrid, y se echa de menos cuando se vive algún tiempo en cualquiera de esos rincones de España donde todavía no ha llegado el gran movimiento del siglo XIX.

¡Qué hermoso es el campo, qué dulce es la soledad de la vida, apartada del bullicio de las gentes; qué paz se respira en esos pequeños pueblos donde se vive de cualquier modo, donde el tiempo sobra, donde vivir es matar el tiempo!

Esto se piensa en Madrid, se dice desde Madrid. Esto se ve desde Madrid como un sueño, como una perspectiva.

Pero hé aquí que cambia la verdad de las cosas, que el sueño se realiza, que la perspectiva se acerca.

De esta operación se encarga cualquier camino de hierro.

En el discurso de una noche, Madrid desaparece de nuestros ojos como la decoración de un teatro, y despertamos en la soledad dulce de la vida apartada del bullicio de las gentes, en medio de la paz que se respira en esos pequeños pueblos donde se vive de cualquier modo, donde el tiempo sobra, donde vivir es matar el tiempo.

Desde ese momento Madrid se dibuja ante los ojos de nuestro deseo, en ese lienzo mágico que todos tenemos siempre preparado para pintar las cosas á nuestro gusto. Madrid, pues, surge del fondo misterioso de nuestra

imaginación inquieta, y se nos presenta á lo lejos con todo el atractivo de la distancia.

Entonces ¡qué hermoso es Madrid! ¡qué calles! ¡qué animación, qué vida aquella!

¡Qué triste es todo lo que nos rodea!
El campo ¡qué monotonía tan insoportable!
Los pueblos ¡qué feos, qué oscuros!
Las gentes ¡qué insustanciales!

Madrid nos llama con la voz de todos sus atractivos, multiplicados por la distancia.

Aquí se vegeta, allí se vive.
¡Qué bien está el hombre donde no está!

La vida está llena de encantos, el mundo es muy alegre, y el hombre sería el ser mas feliz de la tierra si no tuviera por enemigo de su dicha eso que se llama realidad.

¡Qué grande es todo lo que se desea! ¡Qué pequeño es todo lo que se alcanza!

La realidad, hé ahí el verdugo de nuestra dicha, porque la realidad no es mas que el cruel despertar de un sueño agradable.

En el fondo del corazón humano hay un germen de tristeza que el hombre no puede extinguir.

Lo lleva consigo á todas partes.

Es un dolor sordo y profundo que no nos abandona, y damos vueltas y cambiamos de postura buscando un alivio imposible.

La civilización moderna ha hecho de la tierra un paraíso, preciso es confesarlo, el mundo ha llegado á ser una gran cosa.

Se han multiplicado los medios de satisfacer todos los apetitos.

Se han perfeccionado, digámoslo así, todas las maneras de gozar.

Han llegado á un adelanto maravilloso la comodidad y los placeres.

Confesémoslo con franqueza y con orgullo, la vida está rodeada de encantos; nada falta á nuestra felicidad; todo está hecho.

Entre los adelantos del siglo hay uno que parece el complemento de esta soberbia obra.

Venia el hombre desde el principio del mundo atormentado por un cáncer que lo afligía sin descanso.

La ciencia no había llegado á tropezar con el modo de librarnos de semejante desdicha.

Tropezaba con una dificultad insuperable.

Destruir la enfermedad era destruir al hombre; arrancarle la dolencia era convertirlo en bruto.

Pero este escrúpulo de una ciencia tímida no podía ser bastante para que la sabiduría moderna detuviera sus pasos de gigante.

El cáncer se cauteriza.

Hay una filosofía que es como el específico de la enfermedad, que infiltrándose en el espíritu humano ahoga la dolencia.

Ese cáncer roedor se ve desalojado; se le extirpa completamente, obligándole por la acción poderosa del medicamento á dejar al hombre en completa libertad de vivir, llenando el saco de la vida con la amplia satisfacción de todos sus apetitos, sin dolor, sin pena, sin inquietud ninguna.

El cáncer vencido, la enfermedad aniquilada es la conciencia.

A la vida del hombre se le ha quitado el dolor del remordimiento.

Para que fuera libre en toda la extensión de la palabra, era preciso sustraerlo de la acción continua, de ese fiscal que llevaba dentro de sí mismo como el espía insoportable de sus mas ocultas acciones y de sus mas íntimos pensamientos.

Era preciso sacarlo del dominio de la atracción, de ese fuero especial que se llama el fuero interno.

Había que abolir ese tribunal privilegiado, que se había apropiado el privilegio de juzgar á los hombres condenándolos á la pena de los remordimientos, por acciones ó por propósitos, sin información sumaria, sin testigos, sin pruebas legales, sin vistas públicas, sin ninguna formalidad de cuantas son necesarias para la acción de la justicia humana.

La conciencia es una coacción que venia á limitar, á reducir la libertad que nos hemos concedido.

Era una traba puesta á sus acciones, y ¡qué horror! hasta á sus mismos pensamientos.

Era la previa censura llevada hasta el último rincón de su mas escondido pensamiento.

Era la ley ominosa que impone al hombre un castigo inevitable, no solo por lo que hace, sino ¡pásmense ustedes! por lo que piensa.

Convertido el mundo en paraíso, multiplicados los goces, aumentados los placeres y libre el hombre del peso de su propia conciencia, debía ser el animal mas feliz de la tierra.

Pero ¡ah! es ingrato, continúa siendo infeliz, cada vez mas infeliz.

Tanta felicidad como se le proporciona, la paga con tanta desdicha.

Compadecemos á esos seres desdichados que pasan el día encorvados bajo el peso del trabajo, que se «acurruca» de noche en el rincón de una choza, que apenas comen, que apenas van vestidos, y en verdad no somos justos; las grandes miserias, las grandes desdichas se encuentran entre los que viven, entre los que gozan.

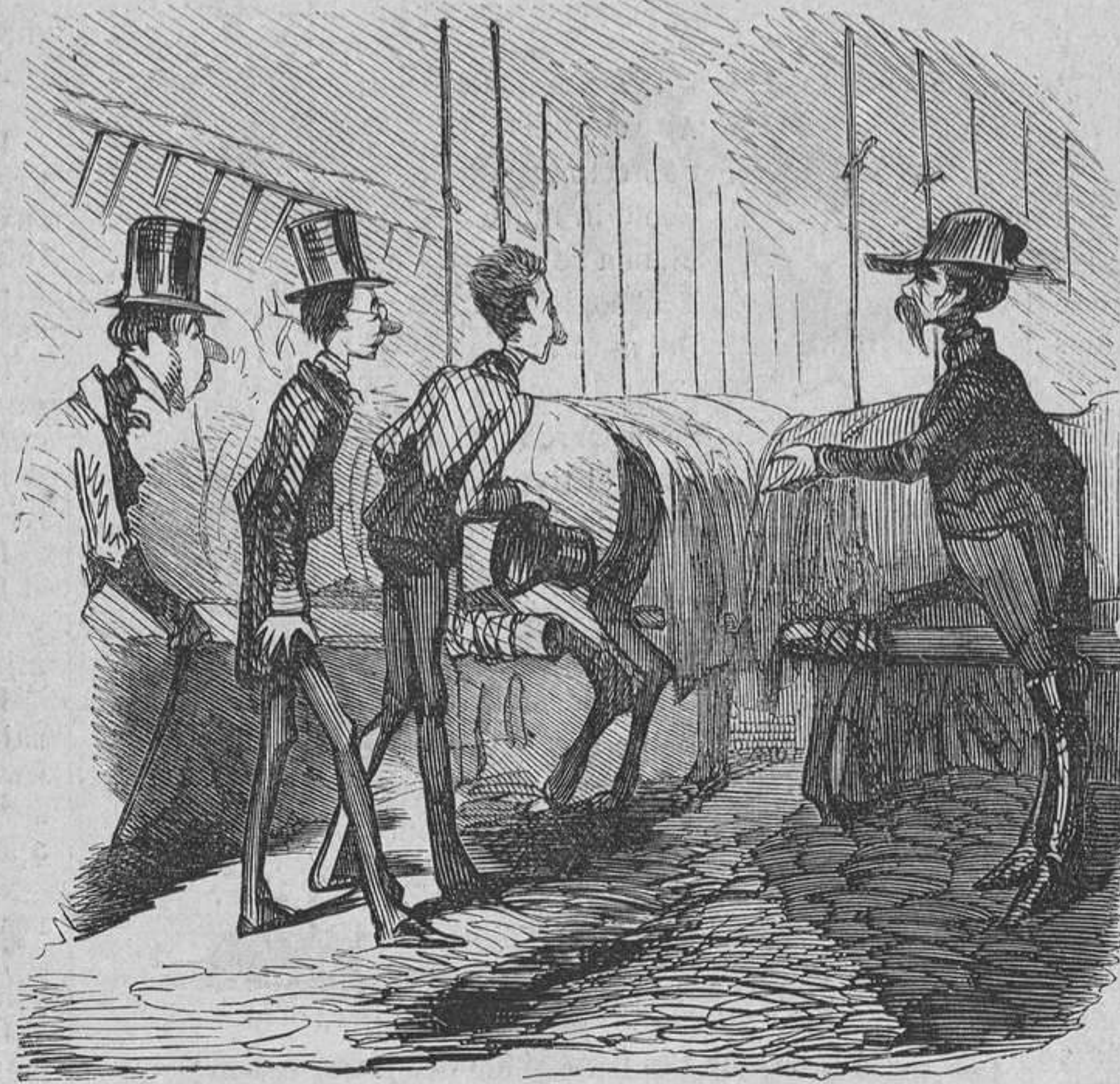
En Madrid están reunidas todas las felicidades de la tierra, esto es, todas las inquietudes, todos los dolores, todas las angustias de la vida.

José SELGAS.

LA EQUITACION, POR STOP.



Organizacion predestinada.



En la cuadra. — Señores, tengan Vds. la bondad de pasar adelante.



Reflexion filosofica. — Objeto tan útil en un picadero, como enojoso en un interior doméstico.



El primer paso.



El primer trote.



El primer galope.



Un cigarro, John, y dame un animal sin resabios.



El salto. — A caballo, joven.



Modo de sentarse al volver de la leccion.

LA EQUITACION, POR STOP.



La leccion. — La vista debe ir siempre entre las orejas del caballo.



Los movimientos del caballo y los del jinete deben ser los mismos.



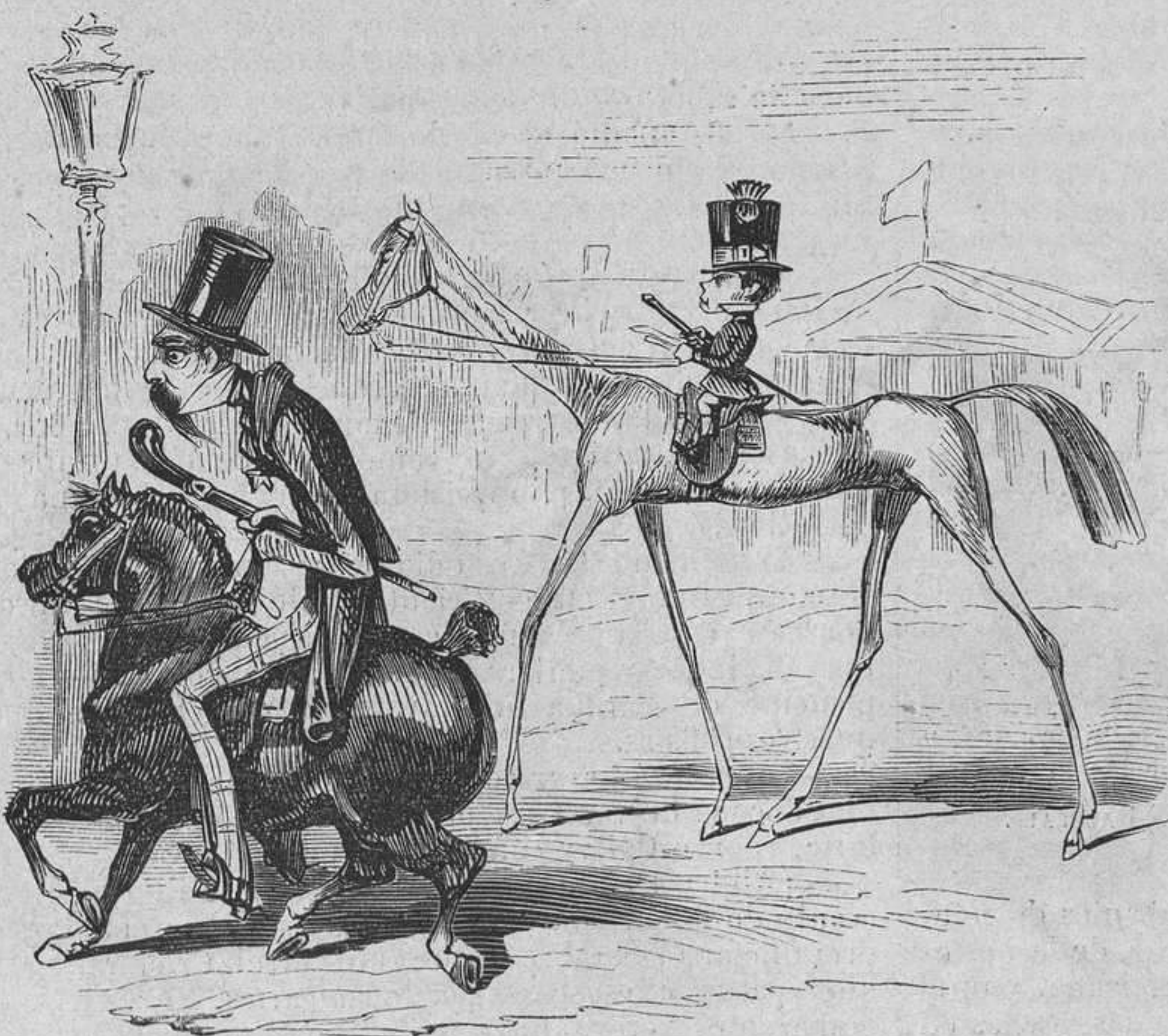
Ensayo, á puerta cerrada, de un gracioso saludo al objeto amado.



Representacion del susodicho saludo en presencia del susodicho objeto.



La equitacion á la francesa, á la inglesa y á la oriental.



Un miembro del Jockey-Club y su groom.



Inconveniente de montar para paseo un caballo que ha estado en el ejército.



Efectos de la equitacion en la economía animal.



Cacería imperial de Fontainebleau. — El Almuerzo.

Juan Augusto Domingo Ingres.

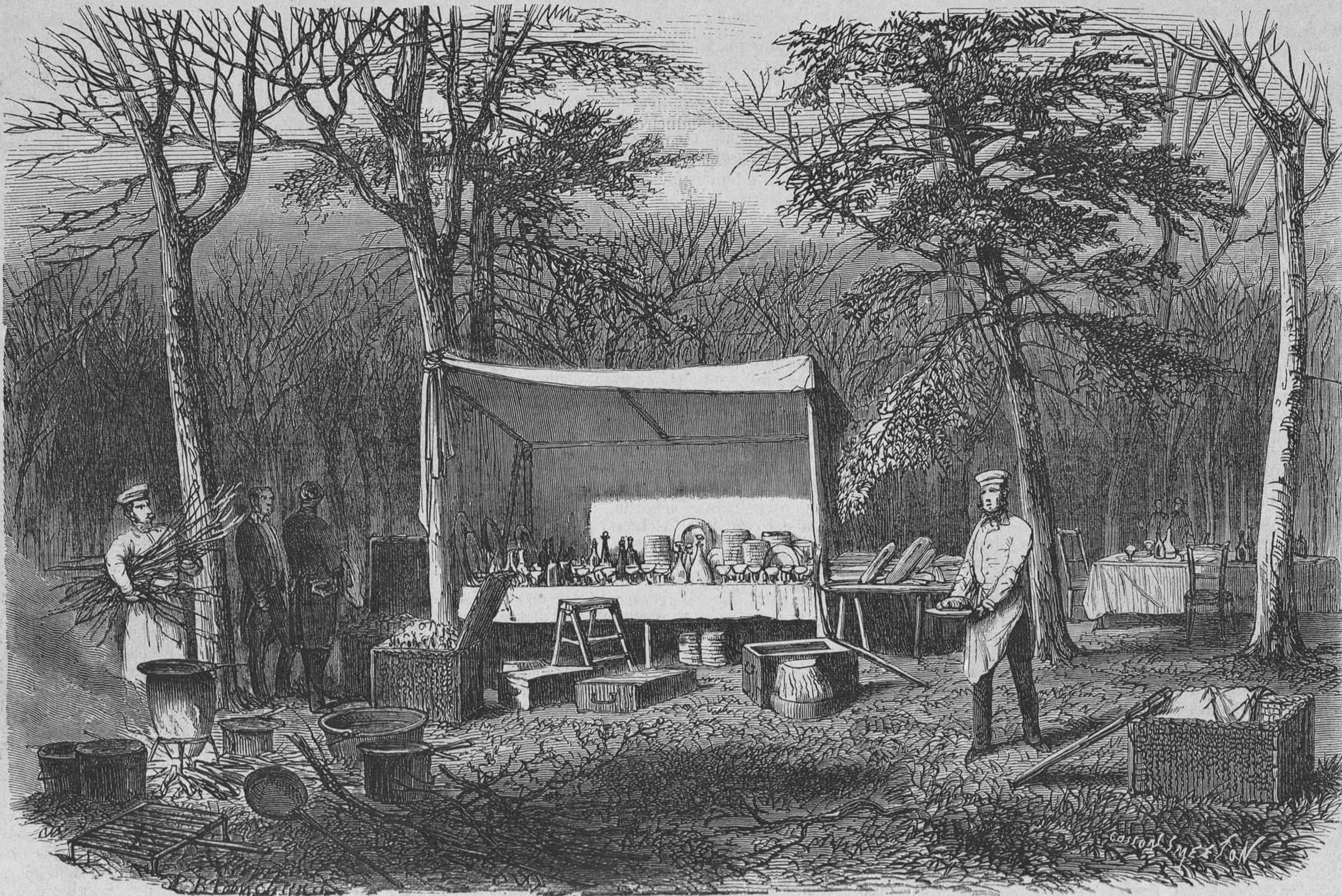
La muerte de Ingres, ocurrida el 14 de enero de 1867, ha sido para la Francia una desgracia pública. Un hombre de este temple, imperturbablemente adherido á las más puras doctrinas, firme en sus convicciones, lucha-

dor incansable y siempre victorioso de la forma, es un sublime ornato para un país como la Francia. Así la tristeza de esta muerte no solo ha sido sentido por aquellos que, familiarizados con las cosas del arte, han visto con dolor que se acababa una fuente tan viva aun de obras maestras, sino por el público que ha comprendido que habia tenido fin una de las glorias nacionales,

sin que haya nadie que sea capaz de tomar á cargo la herencia.

La vida de M. Ingres ha sido larga, mas siempre consagrada al arte, suministra pocos elementos al biógrafo.

Nacido en 1780 en Montauban, entra á la edad de doce años en la via que debia recorrer hasta su última hora.



La Cocina.

Una copia de Rafael, traída de Roma y expuesta en Tolosa, le reveló su vocacion, á lo que aseguran, y durante setenta años ha permanecido fiel al divino maestro que le procuró los primeros goces artísticos. Su padre, artista tambien, pero de una fortuna módica, le envió á Paris donde fué admitido en el estudio de David: en 1801 obtenia el premio de Roma, con el cuadro que aun se ve en la Escuela de Bellas Artes figurando en su puesto cronológico. Encargado por aquella época de hacer el retrato del primer cónsul, se encontró con Greuze en el palacio de Saint-Cloud, en una sala que debia atravesar el jóven vencedor. Bonaparte se detuvo un instante para que le presentaran los dos pintores; los miró con su vista de águila y dijo brevemente señalando á Greuze: « Este es muy viejo; » y señalando á Ingres: « Este es muy jóven. » Sobre lo cual pasó con su brillante séquito.

No obstante su juventud, Ingres hizo el retrato del primer cónsul, con casaca encarnada, que tanto se admiró en la Exposicion de 1855; hoy pertenece á la ciudad de Lieja á la que fué dada entonces que la Bélgica era provincia francesa.

Mientras el estado de las cosas políticas le permitia pasar á Roma á disfrutar el premio que habia ganado, Ingres hizo algunos retratos y algunos cuadros de historia.

En 1805, restablecida la paz y tranquila la Italia, marchó á Roma y de allí envió el *Oedipe et le Sphinx*, *Raphael et la Fornarina*, la *Odalisque couchée*, encargada por la reina Carolina de Nápoles, etc. Por un fenómeno que parece muy singular en el dia, Ingres, considerado como un clásico por la gente superficial ó ciega, suscitó un gran escándalo en la escuela dominante entonces. David, su maestro, le renegó con horror, y le echaron en cara que practicaba el arte miserable de la edad media. Ingres no se encontró con ánimo para sostener la lucha, y profundamente herido en su amor

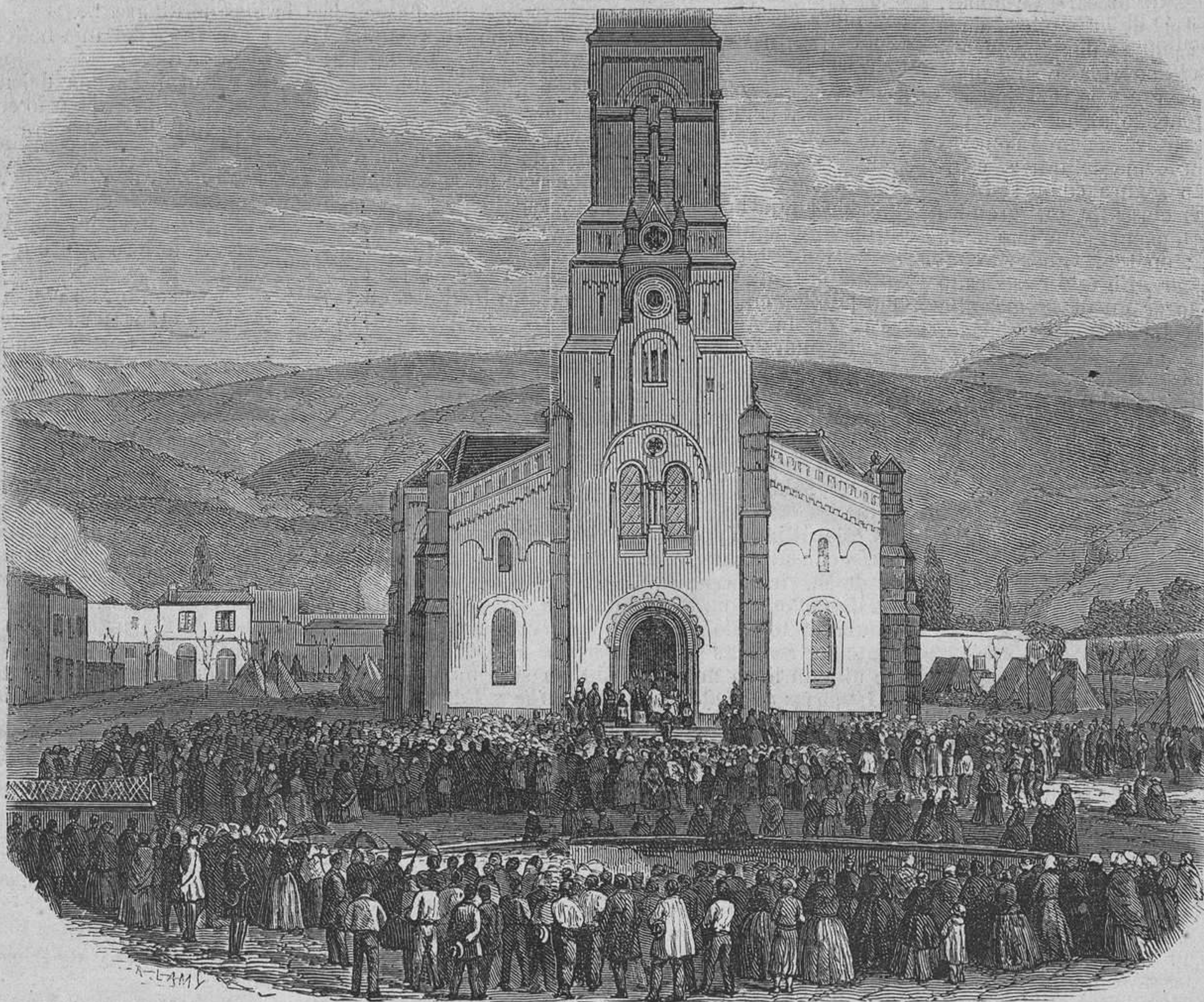
propio al ver tan maltratadas unas obras elaboradas con tanto celo, resolvió quedarse en Italia, una vez pasado su tiempo de escuela, y con efecto, allí permaneció, parte en Roma, parte en Florencia.

Quince años vivió en el retiro, trabajando incesantemente, estudiando todas las horas, y embebiéndose en el arte de todos los grandes maestros, sobre todo de

dole las puertas del Instituto. Estaba ya á la mitad de su vida y apenas comenzaba á resplandecer la gloria. En 1827 exponia la *Apothéose d'Homère*; en 1834 su *Martyre de Saint-Symphorien*, donde haciendo como una infidelidad á Rafael, demuestra una preocupacion evidente por Miguel Angel. Poco tiempo despues Ingres fué llamado á dirigir la Escuela francesa en Roma; no se podia dar á los jóvenes en los que deposita la Francia la esperanza de su gloria un hombre que correspondiera mas exactamente á lo que se llama un maestro. Allí se formó Hipólito Flandrin, su querido discípulo. Ingres conservó este cargo hasta 1841, y su regreso á Francia fué solemnemente festejado por aquellos á quienes asustaban las violencias del romanticismo.

Seguramente Ingres se hallaba muy lejos entonces de las pruebas que pesaron sobre una parte de su vida y agriaron su carácter: tenia un círculo de admiradores que se ensanchaba mas y mas cada dia, y la tormenta romántica le encontró tan insensible como las húmedas nieblas de la escuela clásica. Sin embargo, su obstinacion en no exponer á menudo cuando Delacroix exponia tanto, le impidió que la muchedumbre se familiarizara con su nombre y se iniciara en su genio. La Exposicion universal de 1855, que vió reunidas todas las obras de Ingres, señaló un nuevo período en su gloriosa carrera. Aun se recuerda en Paris la admiracion que produjo aquella sala, donde brillaban de un modo tan esplendente, imponiendo á todos el respeto que imponen

siempre las cosas augustas y serenas en su perfeccion absoluta, la *Apothéose d'Homère*, pintada como la habria podido pintar Apeles; el *Saint-Symphorien*, el *Vœu de Louis XIII*, la *Apothéose de Napoleon I*, de una majestad antigua y de una solemnidad divina; la *Vénus Anadyoméne*, el *Roger délivrant Angélique*, la *Vierge à l'hostie*, el *Saint-Pierre recevant les clefs du Paradis*, la *Jeanne*



Servicio divino celebrado el 6 de enero delante de la catedral de Blidah amenazando ruina, despues del terremoto.

Rafael. Sin embargo, la vida material era penosa: necesitaba dibujar retratos de viajeros, que le llevaban los cicerones, y el artista de genio les mostraba tímidamente el *Pie VII à la chapelle* y el *Vœu de Louis XIII*, ya comenzado y que fué terminado en 1825.

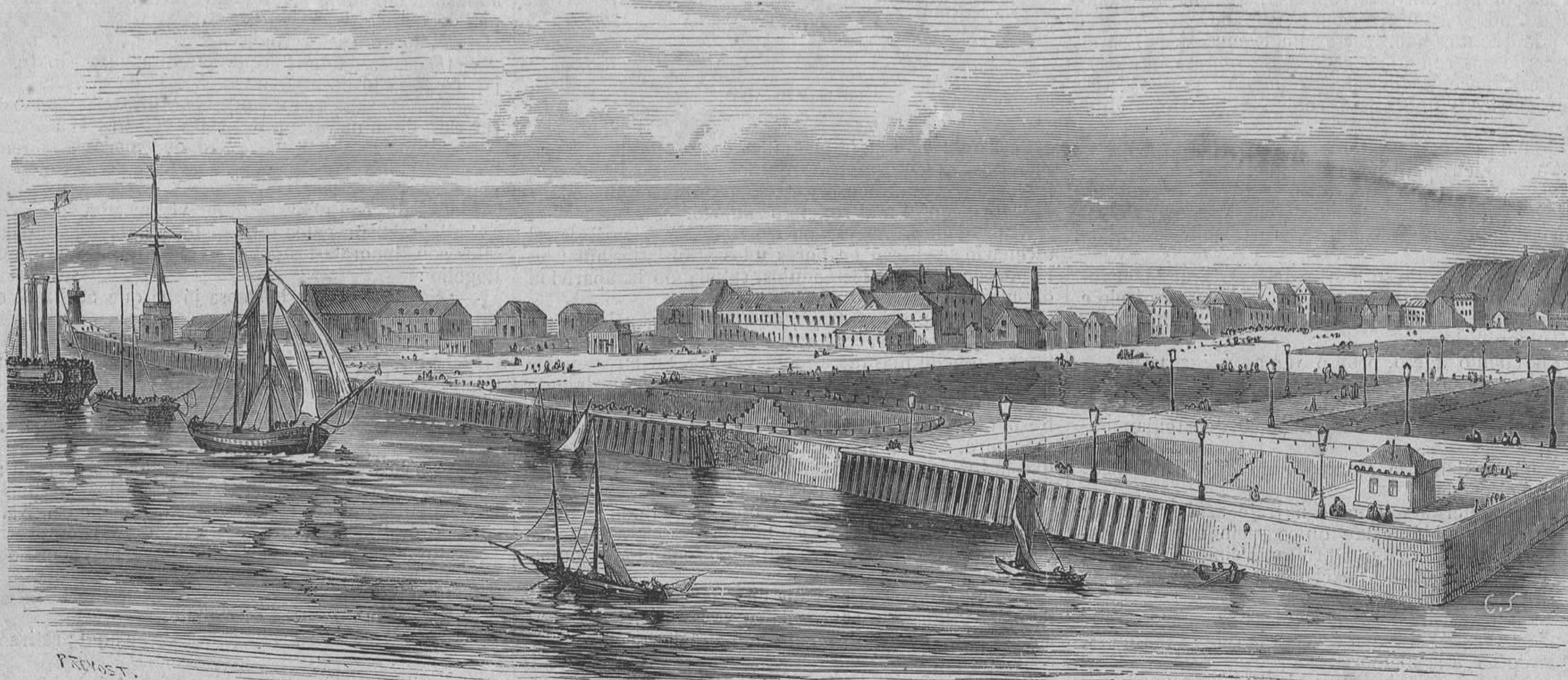
Un tanto apaciguado con el gran éxito de esta obra, Ingres volvió á su patria, que saludó su regreso abrien-



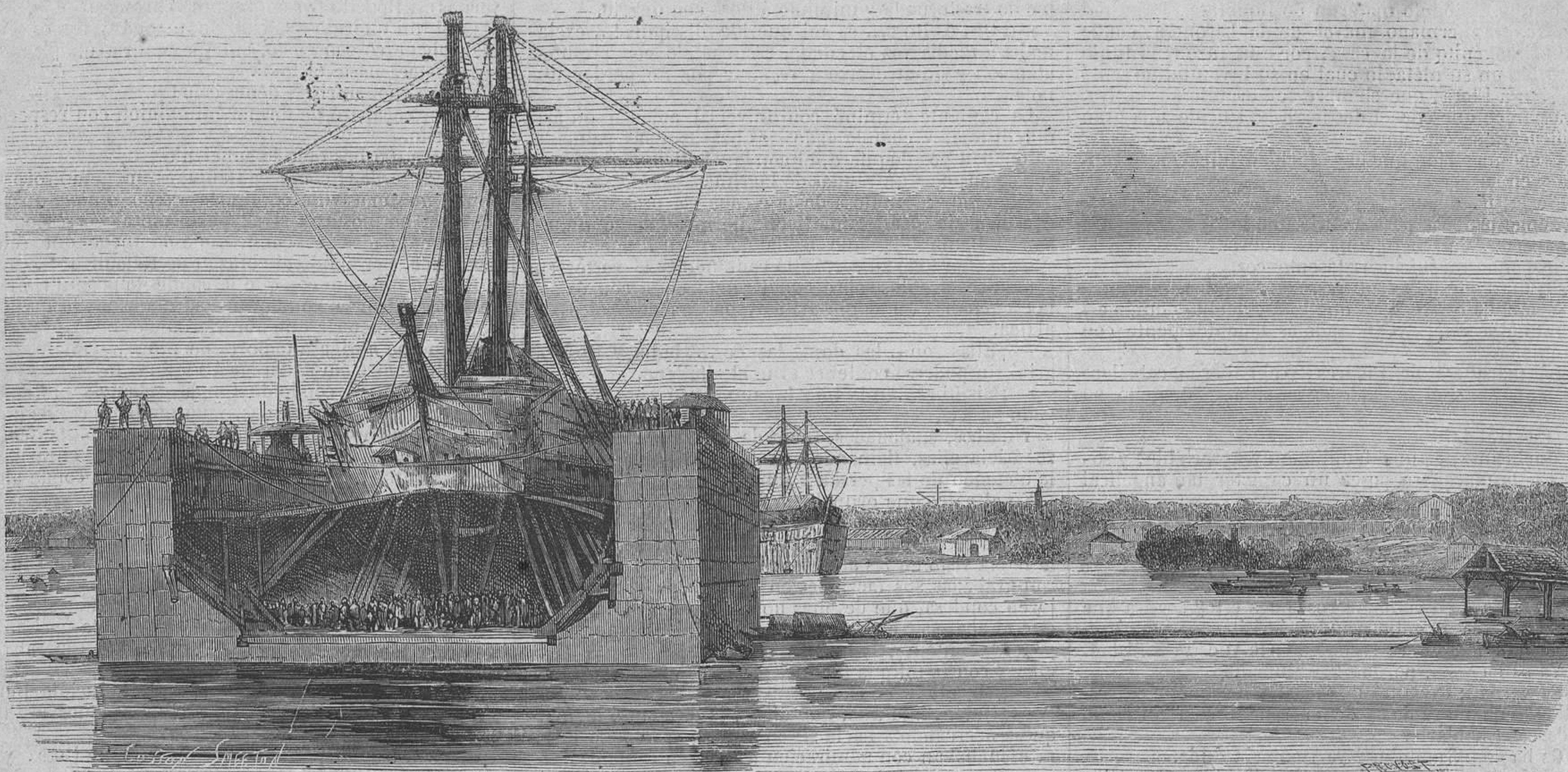
Ingres.



Victor Cousin.



Nuevo aspecto de la entrada del puerto del Havre.

La fragata la *Perseverante* en el dique flotante de Saigon.

Las obras del puerto del Havre.

Las obras de ensanche y de rectificación efectuadas en el canal del puerto del Havre, se han dividido en tres clases. La primera, que se acabó en 1862, y era seguramente la más difícil, se emprendió en 1861, y se prosiguió vigorosamente. Los ingenieros no solo tuvieron que luchar con la abundancia de las aguas, sino que tropezaron con serios obstáculos en cuanto al asiento de las fundaciones, de las cuales una parte se hizo por medio de cuadros de ladrillos, vacíos en medio, para que se pudiera desaguar el terreno y operar su bajada hasta la debida profundidad, y la otra sobre estacas, hácia el Oeste, á causa de la ausencia de tierra en este punto, donde no se halló mas que casquijo.

La segunda parte entregada en 1864, consiste en el establecimiento de un refugio conocido con el nombre de Ensenada de los Pilotos, y afectado especialmente al apostadero de sus barcos de pesca.

Quedaba la tercera parte, que comprendia la desaparición de las ruinas de la torre de Francisco I y de los muros del Oeste, que se conservaban por medida de prudencia sobre una anchura de 16 metros; y luego la

continuación de un malecón lleno hasta la Ensenada de los Pilotos, ó la construcción de un segundo tajamar, si demostraba la experiencia que era necesario.

Se ha esperado pues para juzgar los efectos de un tajamar único; se ha observado atentamente la marcha de las olas á su entrada en el ante-puerto, y aunque los resultados hayan sido muy concluyentes, sobre todo con el socorro de la Ensenada de abrigo, se han querido aumentar todavía los medios de acción construyendo el segundo tajamar que hoy funciona.

La mejora producida por la rectificación del muelle del Norte, aumenta el ancho del paso uniformemente á 80 metros, desde el extremo Oeste del primer tajamar, hasta el nacimiento de la Ensenada de los Pilotos, punto que antes ocupaba la torre de Francisco I.

Al extremo del muelle del noroeste figura un elegante pabellon semafórico construido por orden del tribunal de Comercio, para reemplazar el mástil de señales que se hallaba en la torre de Francisco I.

Diferentes obras militares ejecutadas en la plaza de Provenza, han cambiado completamente su aspecto, y en lugar de los antiguos fosos de la ciudad, hay en el día un magnífico baluarte llamado de Francisco I, que pone en comunicación directa el muelle con el baluarte Imperio.

Todas estas obras, así como las que se hallan en curso de ejecución, deben hermosear sobremedida la ciudad del Havre.

L. C.

La fragata la *Perseverante*

EN EL DIQUE FLOTANTE DE SAIGON.

En nuestro número 711 publicamos un dibujo que representa el dique flotante construido de hierro, y botado últimamente en Saigon. El 8 de agosto último comenzó á funcionar este dique: recibió la fragata la *Perseverante*, y fué levantado inmediatamente. La quilla de la fragata está á descubierto. Este hermoso buque, colocado entero fuera del agua, presenta un aspecto imponente que ha llamado mucho la atención de los indígenas, pues jamás habían visto fuera del agua un buque de tales dimensiones.

A.